

En torno al 24 de agosto, día del lector y la lectora

Leonardo Pitlevnik

Palabras clave: Criminología – Castigo – Cárcel.

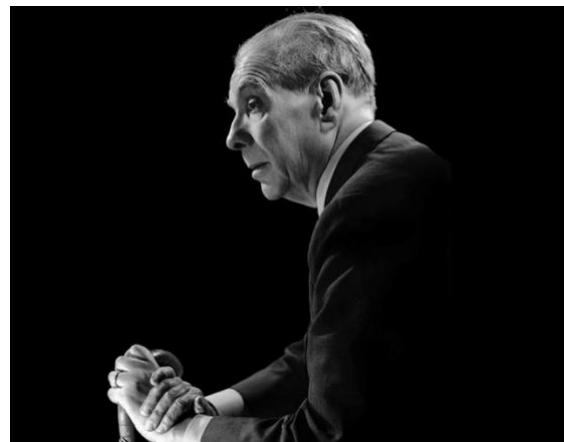
Es bien sabido que en su poema “un lector”, Borges dice que “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”. Hay algo de contradictorio en recurrir a esa frase: la citamos porque la ha dicho un escritor, hemos leído sus libros, disfrutamos de los textos que él produjo. Igualmente, no debería hacernos desconfiar de su significado. El autor de *El Aleph*, recurrió muchas veces a la idea de la lectura como instancia creativa. Por otro lado, un libro solo existe en la medida que es leído, en que alguien se asome a él e imagina a su modo aquello que otro escribió. El aura de la lectura se expande cuando atrapados por un texto nos encontramos con la yema de un dedo en el extremo de una página que queremos dar vuelta para seguir con lo que otra persona volcó por escrito y que nos ha permitido la expansión de nuestro propio universo.

Hay quien cree que leer nos vuelve más empáticos, nos ayuda a comprender a los demás. Una verdad incierta: la pretensión de convertir a la lectura en un acto moral. El criminal nazi narrado por Borges en “*Deutsches Requiem*” disfrutaba de Shakespeare y Schopenhauer.

También está en Borges la idea del libro como imagen de la propia vida o destino. El universo es la biblioteca inacabable de Babel, un soldado lee un libro que encuentra en un mercado y descubre que se narra su vida, la trama es el guion de lo que una y otra vez se repite a lo largo de la historia.

Ambas ideas permiten la asociación de pensar en cuál es la vida que cada cual se narra para sí, con cuántas vidas o historias de otras personas se cruza nuestro relato para iluminar o para oscurecer el de los otros, cómo leemos nuestro pasado, cuánto ya está decidido por el azar o por el destino, cuánto está inevitablemente escrito en las líneas de nuestras manos.

Dentro de las imposibilidades, la idea de prisión o de cárcel no pocas veces ha sido la metáfora de quien se ve atrapado en cierta tristeza, en un amor no correspondido o en un dolor del alma. También el infierno es pensado como cárcel perpetua, las oscuras e imposibles cárceles pintadas por Piranesi que Borges admiraba, con calabozos rodeados de escaleras que no llegan a ninguna parte; la inscripción de llegada al infierno del Dante que el hijo de Martín Fierro atribuye a la cárcel.



Construimos prisiones que no solo son metáforas. Cárceles verdaderas para el encierro verdadero. Puede que nunca nos libremos de ellas, puede que haya actos a los que nunca le podamos dar otra respuesta. Hay quienes ven fascinados nuevas cárceles para multitudes de personas que son filmadas mientras se las hace correr rapadas, con el torso descubierto y las manos esposadas a la

espalda en una escena de humillación difícil de olvidar. Hay quienes piensan en enormes edificios flotantes de donde sea imposible escapar.

Son lugares que, además, se sumen en una opacidad ominosa, armados -muchas veces- para que nunca se sepa a ciencia cierta qué ocurre en su interior. Las fantasías de la Isla del diablo, el penal de Ushuaia o Alcatraz para que las habiten siempre otros y lejos. Son variables de infiernos que ya se encuentran esparcidos entre nosotros.

Se considere necesario o no, el modo en que encerramos a otros seres humanos parece, a veces, ligado a una lectura demasiado precaria, a la fe en las respuestas sobredimensionadas surgidas del miedo o la confianza infundada de que, cuanto más crueldad haya en la respuesta, mejores serán los resultados. Pasamos por alto lo que ciertos encierros significan para todos. No tomamos conciencia acerca de cuánto afecta a una comunidad el mantenimiento de espacios de encierro donde parte de ella pasa su vida en condiciones indignas.

Ursula K. Le Guin mencionaba que la obra de Borges crea representaciones a través de las cuales formamos nuestras opiniones sobre del mundo en que vivimos y "hacia donde podríamos dirigirnos, de qué cosas podremos alegrarnos, y a cuáles de ellas deberíamos temer". En "Los que abandonan Omelas", Le Guin imagina una ciudad en la que la felicidad de todos depende del menosprecio y el maltrato al que es sometido un niño o una niña encerrada en un sótano. Sus habitantes saben que solo podrán sostener el mundo ideal en el que viven si se da ese equilibrio con el sufrimiento de un otro. Los que no los soportan, abandonan la ciudad por la autopista que les permita alejarse de ella.

Quizás la lectura no nos vuelva más empáticos con el sufrir de los otros, pero puede ser un instrumento para ampliar las fronteras de lo que pensamos o sentimos. Una narración de algún modo nos modifica, un poema logra llegar a algún lugar que apenas visitamos de nosotros mismos.

La idea de que el recorrido de nuestra vida puede ser entendido como una trama y la lectura como un acto de creación, tal vez indique que individualmente o como comunidad podríamos narrarnos de un modo distinto, menos violento, menos indigno. Construir algo diferente, una Omelas distinta.